

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 4 de

Diciembre de 1890.

Tarifas de suscripción
 Barcelona un trimestre 20 cts.
 Entado un peseta; fuera de
 Barcelona un año, id. 4 pesetas
 Extranjero y Ultramar un año
 p. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripción
 En Lérida, Mayor 81, 2.º
 Madrid, Ballesta, 4, principal
 En Alicante, Francisco, 2.º
 Imprenta.

SUMARIO.—Un ministro de Dios.—Comunicaciones. Confesion de un suicida.—La Mujer.

UN MINISTRO DE DIOS.

¿Qué es un sacerdote? Según el Diccionario de la Lengua, "es un hombre dedicado y consagrado á hacer, celebrar y ofrecer los sacrificios á la divinidad, Consagrado á Dios, ungido y ordenado para celebrar y ofrecer el sacrificio de la misa," y según la razón natural, el sacerdote debía ser un hombre no diremos exento de todos los vicios, porque eso es imposible, pero sí poseedor de grandes virtudes, ya que está en contacto continuamente con la misma sustancia de Dios, toda vez que (el catolicismo lo asegura) en la hostia que se ofrece para el sacrificio de la misa está Dios en esencia.

El sacerdote, por regla general, tiene cubiertas las primeras necesidades de la vida, lo que da indudablemente tranquilidad al espíritu, y sabido es que el espíritu tranquilo se halla mas predispuesto á la benevolencia, á la piedad y á todo dulce y generoso sentimiento; vive además halagado y respetado por la gente crédula y sencilla, que ve en él al médico ó al curandero de las almas, y esas distinciones y preferencias debian suavizar y endulzar aun más sus sentimientos y carácter. Con todo, la experiencia enseña que no es la clase sacerdotal la que se distingue por la dulzura del alma, y un hecho reciente acaba de convencerme de que hay sacerdote que no tiene corazón.

No hace mucho tiempo que asistí al casamiento de una amiga mia, y el cura que le echó la bendicion me impresionó de una manera muy especial, impresion, á la vez, de repulsion y simpatía. En su espaciosa frente se adivina una inteligencia clara; sus miradas no se fijan, se clavan como agudísimas saetas, y en sus labios se dibuja una sonrisa mezcla de dulzura y amargor. Hay momentos que su semblante revela una beatitud, un reposo, una calma perfecta; parece un bienaventurado que está gozando anticipadamente el éxtasis de la vida celestial; mas, de pronto, cae aquel antifaz de dulzura, de mansedumbre, y en el rostro del justo aparecen, con la sombría expresion del réprobo, el descontento, el hastío, el cansancio de una existencia contrariada.

Los sacerdotes me inspiran, por lo general, profunda compasion, porque no viven de la manera digna y libre como debe vivir el hombre: si tienen afectos, si se crean familia, han de ocultarlo como si cometieran un crimen. El sacerdote célibe



tiene que ser, por necesidad, piedra de escándalo, y el que no lo es, el que se resigna á vivir sin vivir ¡cuán desgraciado! ¡cuán digno de compasion! La soledad petrifica el sentimiento; y el hombre que no siente, deja de pertenecer á la noble raza que se ha enseñoreado de la Tierra, á la raza humana. Esto le ha sucedido indudablemente al cura que echó la bendición á la amiga mía á quien acabo de aludir. El hombre que no se conmueve ante el dolor inmenso de una madre afligida, deja de ser un ente racional y es inferior á muchas fieras.

Entre los muchos seres desgraciados que me cuentan sus cuitas, figura en primera línea una pobre mujer de quien ya me he ocupado muchas veces, viuda de un suicida. Ha visto morir á uno de sus hijos de hambre, y temerosa de que otra de sus hijas siguiera el mismo camino, la puso aconsejada por algunas señoras, en un Asilo benéfico. Tanto se desesperó la niña al verse separada de su madre, que las hermanas de la caridad, conmovidas, la devolvieron á la infeliz autora de sus días, que la recibió llorando de alegría y de pena al mismo tiempo.

Después de algunas semanas, la pequeñuela, falta de alimento, volvió á enfermar, y las piadosas señoras volvieron á instar á la madre para que le devolviera al Asilo: "Está usted cometiendo un asesinato,—le decían;—esa criatura se morirá y usted tendrá la culpa, por haberla sacado de un establecimiento donde las acogidas disfrutan de alimento sano y sustancioso, descansan en cómodo lecho y aprenden á ser mujeres útiles.

La infeliz Juana creía volverse loca; pues mientras las señoras le aconsejaban y hasta le ordenaban imperiosamente que encerrase á su hija, ésta le decía: "Mamá, no las escuches; ¡son más malas esas mujeres!... no las quieras, no; no las quieras... ¿oyes?," Pero la pequeñuela enflaquecía, su piel amarillenta se cubría de granitos rojos purulentos, y las señoras insistían en que fuese devuelta al Asilo. Tantas y tan apremiantes fueron las instancias, que Juana al fin cedió y entregó su hija en brazos de la caridad oficial, cuyo pan, como dijo Fernán Caballero, alimenta, pero no nutre.

Pasaron algunos días. La niña, cuando su madre iba á verla, le hablaba en estos ó parecidos términos: "Ya ves cuán buena soy; no lloro, pero... sácame de aquí y no te apures por darme de comer, porque no tengo gana; que te lo digan las madres, ya no como; todo me sobra, hasta las galletas y el chocolate que me da una madre que me quiere mucho, que me dice ¡pobrecita!... ¡pobrecita!... y me da besos cuando nadie la ve. Yo no te entiendo; me has traído aquí para que coma mucho y yo no como nada; ya no necesito comer; así, llévame contigo. Si tú supieras la pena que tengo cuando vienes y te vas... no sé lo que me pasa. Mira, si no me has de sacar de aquí, no vengas á verme, porque al irte y dejarme me parece que me abren la cabeza. Voy á beber agua, y entretanto vete: no me beses, no, que cuando me besas, todo el cuerpo me duele. Sácame de aquí, que no te pediré pan.

¿No es verdad que para una madre estos razonamientos en una niña que tendrá seis años son motivo suficiente para volverla loca? Y no es esto solo; cuando Juana llega á su casa, la asedian sus hijos á preguntas y le dicen que Angelita era la alegría de todos y que, si se muriese, ella tendrá la culpa por haberse dejado llevar de consejos de mujeres sin entrañas. Y la infeliz mujer vuelve de nuevo al Asilo para sacar á su hija; pero el director se la niega diciendo que allí está la niña mejor que en su casa y que no saldrá del establecimiento. Y héte á Juana entre la espada y la pared corriendo de *ceca* en *meca* en busca de recomendaciones influyentes que obligasen al Director á devolverle su hija. En estos apuros, alguien le dijo que nadie mejor para una buena recomendación que el cura párroco de la igle-

sia donde mi amiga se casara, y Juana, llena de esperanza, fué á prosternarse ante el confesonario donde se encontraba el cura en cuestión, el sacerdote que me fué simpático y repulsivo á la vez.

Antes de referir el diálogo que hubo entre los dos, debo advertir que á Juana no hay más que verla para compadecerla. Con su negro traje pardo, raído, con su rostro pálido, sus ojos hundidos, su cabeza inclinada como si temiera recibir un golpe, su paso vacilante, sus ademanes y movimientos todos, parece la personificación de la desgracia. Quien no se conmueve al verla, es un sér, si cabe más desdichado que ella, porque el hombre sin corazón es un miembro maldito del cuerpo de la Humanidad.

Juana, con la muerte en el alma, pero con la fé del creyente, se arrodilló ante el confesonario, y juntando sus manos en ademán suplicante, dijo:

—¡Padre mío! todos me tiran piedras, y alguien me ha dicho que viniera á verle porque usted es el único que puede salvarme. Con una carta suya me devolverán mi pobre hija, que está en un Asilo de beneficencia. Voy á contarle una pequeña parte de mis penas, para que comprenda que es usted hoy para mí la imágen de la Providencia en la Tierra y Dios mismo en figura de hombre: la religión es mi único puerto. ¡Ay, me parece mentira que haya podido llegar hasta aquí!

—Pues como si no hubiera llegado; porque yo no vengo al confesonario para escuchar lamentaciones. Si no tiene más relatos que hacer, hemos terminado; yo no quiero saber historias tristes.

Y levantándose el cura salió del confesonario y se alejó á buen paso, dejando á Juana petrificada de asombro.

La pobre mujer permaneció largo rato sentada en el suelo sin darse cuenta de lo que le pasaba, hasta que al fin salió del templo y vino á contarme sus penas.

—Muchos desengaños he recibido en este mundo,—me dijo,—muchas humillaciones y desprecios: los ricos me han cerrado sus puertas, los pobres se han hartado de oír mis lamentos; pero nada me ha llegado tan al alma como lo que me ha sucedido hoy. Yo pensaba que un ministro de Dios era el paño de lágrimas de los desgraciados; yo creía que sus brazos siempre estaban abiertos para recibir á los desvalidos; yo imaginaba que de sus labios no brotaban más que palabras de consuelo, y me encuentro que el sacerdote es un hombre sin sentimientos humanos. Hasta los chiquillos de mis vecinas me compadecen diciendo al verme: “¡Pobrecilla, siempre llora!..” y él, en quien había yo puesto mis maternales esperanzas, me rechaza contestándome *que no quiere* oír historias tristes. ¿Y ese hombre tiene á Dios en sus manos cuando levanta la hostia? ¡Imposible! O todo es una mentira ó concluiré por volverme loca. Si no consuelan á los desgraciados, ¿por qué se llaman ministros del Padre de las misericordias? En mi misma casa hay un trabajador del muelle que siempre que me encuentra en la escalera, no me dice nada, pero veo que se limpia los ojos con la manga de la blusa: ¿si á éste le hubiera contado mis penas, cree usted que hubiera hecho lo que hizo el sacerdote?

—No; es un hombre del pueblo, padre de familia, y siente como suelen sentir los maridos y los padres. Por esto, cuando la ve, se le saltan las lágrimas: sabe lo que se quiere á los hijos, y sufre las angustias y las ansiedades que proporciona la familia: vive amando, y es sensible. En cambio el ministro de Dios es un desterrado, un proscrito; no tiene patria, porque no tiene familia; podrá tener hijos, pero infamados, sin nombre; podrá amar á una mujer, però esa mujer es su manceba y lleva la deshonra en la frente. Compadece á ese hombre, á ese desdichado, á ese sacerdote á quien tu inmenso dolor no ha conmovido. Tú eres una desgraciada, y

él es un miserable. Entre tú y él hay una distancia inmensurable, la distancia que va del santo al réprobo, del alma purificada en el sentimiento al alma hundida en el fango del egoísmo.

—Pero ¿hemos de considerar á esos hombres como ministros de Dios?

—Jamás. No puede ser ministro de Dios aquel que no sabe compadecer, aquel que no siente el fluido divino del amor.

¡Pobres sacerdotes! ¡cuán dignos son de lástima! El mendigo que sabe sentir, vale infinitamente más que el rico prelado que no se conmueve ante un dolor como el de Juana. Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

Amalia Domingo Soler.

COMUNICACIONES.

CONFESION DE UN SUICIDA.

Hermanos míos: La confesion auricular ó privada, llámese como se quiera, fué establecida hace ya algunos siglos por la iglesia católica apostólica romana, valiéndose para su institucion esos que se dicen sus dignos representantes de aquella sublime y evangélica máxima de confesaos y perdonaos unos á otros; á cuya máxima le dieron distinta interpretación con la sola y esclusiva mira de hacerse dueños y señores de la libertad moral y material del hombre en la tierra para afianzar así mas y mas su preponderancia y su poder sacerdotal, lo mismo que para penetrar tan astutamente en la vida secreta de las familias, desde la mas elevada esfera, hasta en la clase mas humilde de la sociedad y por este medio también alcanzar sus fines y colmar sus ambiciones mundanales. Bajo de este espionaje inquisitorial hermanos míos, ¡cuántos seres inocentes desaparecieron entre las llamas de las hogueras ó sufrieron el cruel y espantoso tormento de aquel entonces tan temido como odioso tribunal! instituido en nombre de un Dios justo y clemente, pero que mas lo fué por la codicia y maldad, que por la ignorancia de los sayones y verdugos de que se componia aquel infame y terrible Pretorio conocido por la Santa Inquisicion. Todos ó la mayor parte de aquellos desgraciados seres fueron delatados bajo el sijilo de la confesion, víctimas casi siempre de la envidia ó venganza de sus viles y cobardes delatores, pues solo bastaba que no pensarán como ellos y su fanáticos secuaces para que los denunciassen como á herejes ó anticatólicos, y ser juzgados por aquel sangriento y mal llamado Santo Oficio, que no perdonaba en ese concepto ni á su propia familia, deudos ni amigos.

¡Y cuánto pesa aun sobre las humanidades, hermanos queridos, esta fatal influencia, si bien hoy mas embozadamente y con mayor cautela! ¿Y no sabeis cuando desaparecerá tambien ese otro tribunal de la penitencia de los templos católicos ó mejor dicho de esa su última trinchera? Pues desaparecerá cuando la ineludible ley del progreso eterno disipe al soplo de su divino hálito las nebulosidades que aun envuelven la esplendorosa luz del saber y de la inteligencia entre la mayoría de los seres humanos, sobre todo la inteligencia de la mujer por ser esta todavía la principal base y el mas fiel custodio de esa vieja y apolillada biblioteca de las añejas tradiciones, y al resplandor de su divina antorcha pueda ver la única y verdadera senda que á todos nos ha de conducir hácia el Padre Universal, siendo este el camino mas seguro por donde debemos siempre buscarlo, que no á la sombra del fanatismo ciego ó al pié de un inmoral y esplotador confesionario católico apostólico romano

Aunque hoy felizmente para vosotros han pasado ya esos tiempos de triste y odiosa memoria, sin embargo todavía conservan algo de su antiguo y funesto predominio, pues todavía pueden esclamar en su desmedido y ciego orgullo: el mundo es nuestro; y bajo nuestra férrea mano aún lo dominaremos, que con esta arma poderosa, la confesión, y nuestras legiones infernales, por mucho tiempo humillada á nuestros pies tendremos á la débil y obcecada humanidad.

Pero no, la mentira no prevalecerá no, pues tarde ó temprano llegará el día en que los hombres todos comprendan que la inexorable y justa ley de la propia conciencia será el único é infalible juez que ha de juzgar todos nuestros actos buenos ó malos y no las enseñanzas y mandamientos del árbol seco é improductivo de la iglesia católica, hijo de la falsa hipocresía y del viejo paganismo, lo mismo que todas las demás idolatrías religiosas, que siempre han servido de estorbos al progreso humano y de provecho á la ambición y ruina positivismo en los que viven y medran á la sombra del oscurantismo y han cifrado siempre en su inquisitorial dominio y en su sed de riquezas la sávia de su vida.

No extrañéis hermanos míos, si antes de daros esta corta comunicacion de mi triste pasado, y como un lenitivo hoy á mi contristado espíritu, os haya hablado primeramente sobre las religiones, materia que ya estais hartos de saber, es verdad, así os ruego que me perdoneis, pues mi propósito sobre este punto es demostrar la inutilidad de aquellas en cuanto á la salvacion de las almas, puesto que os hablo por experiencia propia segun ireis viendo por esta pequeña relacion que tambien hoy tengo la dicha de haceros, y al mismo tiempo para que sirva si puede ser de útil enseñanza á todos los que como yo en su ignorancia y ceguedad religiosa pusieron toda su confianza y su fé salvadora en unos hombres tan débiles y falibles como lo somos todos en la tierra, y fuera de ella, y sepan que la potestad de atar y desatar solo en Dios reside y en la bien hechora luz que sin cesar nos envía como el iris eterno de su amor y de su perdon.

Principiaré pues, por deciros que fui un pobre y desgraciado sér en mi última existencia terrenal, primero por mi carácter irascible y vengativo, debido sin duda, á mis males físicos, porque habia nacido enfermizo y contrahecho, y en tan triste situacion como comprendereis, todo me exasperaba predisponiéndome siempre á la cólera y á la venganza y sin reparar nunca ni en aquellos mismos seres que constantemente me rodeaban con su amor y compasion para herirles en su sentimiento mas noble y caritativo con mi negra ingratitud, y por último os diré que tantos fueron mis padecimientos morales y corporales, que al fin decidí un día y en un momento de desesperacion quitarme la vida: acto que cometí porque asimismo ignoraba que existiera esa gran ley de las expiaciones y cuan grande era la bondad y la justicia del Padre celestial siempre bendiciendo y siempre atrayendo hácia el á todos los séres de la Creacion. Al cometer aquel acto impío no logré consumarlo con la muerte instantánea, pero si, quedé muy mal herido, y como no perdí tampoco el conocimiento segun decís, pedía en medio de mis mas crueles dolores los auxilios de la iglesia católica, pues á ella pertenecía, creyendo tan grande su poder, que mi atroz delito seria perdonado por el justo juez de cielo y tierra, si antes hubiera cumplido con todos los deberes que ella nos impone sobre todo en nuestros últimos momentos y contando tambien entraria libre y absuelto de todo pecado en esas mansiones por el salvo conducto de mi padre confesor, y santificada mi alma al recibir el falso é imaginario cuerpo de Jesucristo representado en la hostia consagrada. Así abandoné la tierra con esa confianza, y en brazos de aquellas promesas de perdón y de dicha espiritual. Pero ¡ay her-

manos míos, qué horrible despertar y qué desengaños fueron los míos al traspasar los umbrales de esa inmensidad sin límites que llamais la eternidad! Pues solo vi ante mis turbados ojos las tristes sombras de mis desgraciadas víctimas que me habían precedido en la tumba, á las que tanto hice sufrir cuando vivía en la materia, y creyendo yo que aun me animaba el cuerpo corria desalado tras ellas para vengarme todavía de aquellos supuestos agravios y desprecios que creía me habían inferido, los cuales me parecía que llevaba aun grabado en lo mas profundo de mi rencorosa alma. Después de este delirio inexplicable para mí entonces, «porque ignoraba la vida de Ultratumba» todo fué sombra y oscuridad á mi alrededor. Dime falso ministro del altar: ¿Dónde estan tus promesas de perdón, si mi arrepentimiento fuese sincero? ¿Dónde esta tu Dios que no veo, ni tu cielo, ni el descanso eterno que me prometiste? ¡Ah! todo es mentira si, como mentira es tu irrisoria y venal representacion religiosa ante Dios y ante la luz de la razón.

La verdad no existe, me decia yo, que si existiera solo habria de revelarse en los remordimientos del espíritu ó en la tranquila conciencia de los que obrando el bien y la justicia han de sentir sus divinos efluvios, pues la horrible soledad en que me vi sumerjido así me lo hizo cemprender, y que tanto la confesion, como todas las demás prácticas religiosas son pura comedia, y comercio de todos sus explotadores; que siempre ha estado la verdadera redencion del espíritu en su propia obra y pagando hasta el último maravedí de todas sus deudas y faltas cometidas como la única manera de alcanzarla.

Hoy que he podido venir á vosotros, mis buenos hermanos, he llegado á conocer esta verdad con mayor claridad, porque entre vosotros, he vislumbrado algo de esa luz que tanto ansiaba encontrar, como tambien un consuelo en mi desesperacion y en mi ira contra Dios y los hombres, pues en el primero solo veía á un Ser injusto y cruel, y en los segundos entes mas ó menos egoistas que van huyendo siempre de los desgraciados y pobres, para rendir único culto al falso oro-pel, bajo cuyo manto ocultan sus muchas miserias tantos hipócritas y malvados que por sus crímenes y astucias supieron elevarse sobre los demás: á esos que repito, solamente se les rinde culto, porque representan en la tierra al Becerro de oro, único Dios de su adoracion y servilismo, para despreciar al mismo tiempo á los que por sus errores y extravios se ven privados de todos aquellos ilusorios y pasajeros goces que tanto anhelamos los espíritus cuando nos envuelve la deleznable materia.

Así pues queridos hermanos nunca os separeis de la hermosa senda que habeis emprendido bajo la proteccion y consejos de vuestros hermanos espirituales, que con estos y vuestra constancia en el trabajo llegareis muy pronto á la cumbre del saber y de vuestra felicidad futura como os lo predica un triste y arrepentido espíritu lleno de amor y gratitud hácia vosotros todos. Adios.

Medium ENRIQUETA.



Hermanos míos:

No perdais nunca de vista el punto hácia el cual os dirijís en vuestros constantes deseos, y él os dirá cada vez con mayor fuerza de razón, si estais ó no en el camino que á él conduce.

Decidme: ¿no es el deseo de felicidad el móvil de todas vuestras acciones?—Si esto es así, respondedme. ¿Cómo es que apesar de llamaros espiritistas y de proclamar que las creencias que profesais son las mas consoladoras y satisfactorias, se

nota en vuestra alma un vacío que ni con las mismas podeis llenar? ¡Ah! dejad que conteste yo por vosotros y os diga: Este vacío existe porque no comprendéis todavía suficientemente la enseñanza que os damos los espíritus.

Sois espiritas, sí; pero aun sois perezosos para el estudio é inclinados á recibir sin profundizar lo que pueden ofrecer los hermanos desencarnados, mas que activos y afanosos en buscar la luz por vuestros propios esfuerzos.

Se os ha dicho— y es verdad—que la creacion toda está rejida por una ley sapientísima. "Progreso sin fin," la cual establece que nada por gracia ni por privilegio deba esperar el hombre, y apesar de ser este el principio en que descansan las especulaciones filosóficas que sobre vuestro futuro destino estableceis, aún no distinguís con claridad los horizontes que dicha ley pone de manifiesto ante vuestra vista, cuya falta de alcance os inhabilita para pulverizar en vuestra conciencia un gran número de creencias, perjudiciales á vuestro adelanto, puesto que mientras deis ascenso á ellas no podreis apreciar los medios que os señala la ley mencionada, para realizar sin vacilaciones, lo que lejítimamente aspirais á alcanzar.

Admitida como absoluta la ley de "Progreso infinito," débese rechazar toda creencia que hable de intervenciones superiores que puedan alterar en lo mas mínimo el curso que ella debe seguir, por lo tanto, debeis formar vuestras convicciones en que todo cuanto en la naturaleza se sucede es obra de un orden puramente natural, tanto en lo físico como en lo moral. Ningun poder, ninguna inteligencia ni voluntad interviene en los hechos aislados de la creacion, asi como los actos todos de la criatura, obra son exclusiva de su individualidad.

Bástale á la causa Creadora, el tener todas las leyes que se derivan de la Gran ley, sujetas á la inmortalidad, para que su poder se manifieste como absoluto y su accion sea constante, tanto en el todo, como en la mas pequeña de las partes.

Dicha ley establece que todos los seres obren y se desarrollen dentro el círculo de progreso en que les coloca cada nueva evolucion, desprendiéndose de la misma, como punto de justicia, el que nadie está obligado á lo que no puede dar.

¿Creeis que el asesino obraría como tal, si verificado hubiese mayores grados de perfeccion? A buen seguro que no. El fin del hombre es subir, nunca bajar, los múltiples peldaños de la infinita escala del progreso. Ofreced vuestra mano á cuantos os manifiestan verdaderos deseos de subirla, es vuestro deber; pero respetad á los que se rien y mofan de los que van en busca de la luz, pues dado su atraso están como vosotros, en su legítimo derecho.

Todo es orden en la creacion, y, creedlo; en donde vuestra perspicacia pretende muchas veces encontrar un mal, allí está mas de manifiesto el bien, el cual no podeis apreciar, por la falta de comprension de la ley de que os vengo hablando.

Esto no es decir que debeis dejar entregados á sus propias fuerzas, á los que perezosos les vemos por salir del estado de atraso en que se hallan; pero sí guardaos bien de sentar afirmaciones sobre el estado de sufrimiento de dichos seres, calificado por vosotros de expiacion, puesto que en el paso eterno del no ser al ser la culpa no existe. No olvideis que nadie puede dar lo que no tiene," lo que equivale á decir, que nadie puede expiar culpas que, conforme á la ley, no ha podido cometer.

Tan natural es la acidez en el fruto que aun no ha llegado al estado de madurez, como lo es el estado de atraso del espíritu y sus hechos consecuentes, cuando no se ha desarrollado en él la suficiente voluntad para marchar con decision, por las vias que á la perfeccion conducen. Igual cosa sucede en sentido inverso, es decir, asi como la uva no puede en su estado de sazon producir los efectos del agráz, el espíritu tampoco puede ser mentiroso, lijero y mal intencionado, cuando ha realizado la madurez de su juicio.

De esto me ocuparé la próxima vez que vuelva á hablaros, provándoos que en la creacion no hay caidas, sino que todo sigue un curso absolutamente ascencional.

M. *Medium*, J. X. S.

LA MUJER.

I.

En las brumas del ayer
Se levanta el sol naciente,
Que ya ilumina la frente
De la abatida mujer.
¡Oh! cese ya ese poder
De la supina ignorancia,
Que prolonga nuestra infancia
En mengua de la razón:
Despierta pues corazón
Para reinar en tu estancia.

II.

Muger, medita un instante,
Dime ¿cuál es tu misión?
Contéstame sin pasión
No creas que yo me espante.
¿Eres un sér degradante
Que trabas pone al progreso,
Y brindas el retroceso
Al que en tu seno vivió?
¿Por qué entonces no eligió
Un vaso de mancha ileso?

III.

—Se escapa á su voluntad
Dirá la mente atrevida:
Pues si en tu seno la vida
Recibe la humanidad,
¿Por qué la desigualdad
En tí se ensaña mujer?
¿Carece de alma tu sér?
¿O al dar la existencia al hombre
El recuerdo de tu nombre
Deberá de perecer?

IV.

¿No sientes que te conmueves
Al escuchar mis querollas?
Es que descubres tras ellas
Lo que á decir no te atreves.
Porque concisos y breves
Al escuchar mi lamento,
La razón y el sentimiento
Que en tu cerebro se esconden,
Contra la argucia responden
Pues tienes tu pensamiento.

V.

¿Verdad que sientes en tí
Una noble aspiración,
Que no es la torpe ambición
Ni el orgullo baladí?
Y ¿qué es lo que anhelas dí?
¿Que pides en son doliente?
¿Ser la mitad componente
De ese conjunto hominal,
Puesto que eres racional
Y la luz brilla en tu frente?

VI.

Oye si quieres cumplir
Una misión provechosa:
No seas superticiosa
Y procura analizar;
Pues nunca debes juzgar
Por la primera impresión,
Que tu difícil misión
Comienza desde la cuna,
Y el misticismo se aduna
Con tu pasada opresión.

VII.

Procura pues que la ciencia
Fortalezca tu razón,
Y ésta rija al corazón
Despertando tu conciencia,
A una nueva existencia
En la que muerto el nihilismo,
Habrás franqueado el abismo
Que la imperfección humana
Formará en su edad temprana
Dejándote en el quietismo,

VIII.

Entonces podrás leer
A través de la envoltura;
La misión de la criatura
O su impericia entrever.
Porque el alma al renacer
Deja notar lo que ha sido;
Pues ese tiempo perdido
Que juzgan de la niñez,
Es la época tal vez
En que se alza el caído.

IX.

No alejes de tu memoria
La expresión de mi cariño,
Que te brinda sin aliño
El resumen de tu historia.
*En la lucha está la gloria
Y en el vencer, las virtudes;*
Pero es preciso que mudes
Tu manera de pensar,
Para que puedas lograr
La instrucción de que te eludes.

X.

Entonces podrás decir:
¡Ya la humanidad avanza!
¡Eres un hecho esperanza!
Porque has logrado reunir
En la edad del porvenir
A la ciencia y el amor.
Destruyendo ese candor
Que se cifra en la ignorancia,
Y nos mantiene en la infancia
Bajo el dogma aterrador.

ARMINDA.